

LA ESTATUA DE SUCRE



Hace algunos años, la Municipalidad de Quito tuvo el noble y hermoso pensamiento de honrar la memoria del Gran Mariscal Sucre, erigiéndole una estatua de mármol. Se contrató la obra con el hábil estatuuario español don José González Jimenez, quien modeló en yeso, para someterlo á la aprobación del Concejo, un grupo del Héroe en actitud de libertar y proteger á una joven india, símbolo de la patria, y á sus piés postrado el León español, y tirados un cetro y unas cadenas rotas.

No es esta la coyuntura de examinar si la obra fué buena estéticamente considerada; pero bajo el aspecto histórico la idea del artista, á nuestro juicio, no daba asideras á la crítica. El cincel, la paleta, la lira,—la lira con ser acusada de poco respetuosa á la verdad por quienes quizás no saben comprenderla, trazan, cada uno á su manera, rasgos estrictamente históricos como los trazados por la pluma de un Tácito ó un Tito Livio. Miguel Angel y Rafael, Cánova y los Vernet fueron historiadores; los buenos poetas lo han sido siempre de la naturaleza y del corazón humano.

González Jimenez, sino con perfección artística propia para satisfacer en grado cabal el buen gusto, sí con verdad, hizo un grupo histórico. Sucre fué, después de Bolívar, el jefe de talla más heroica en la guerra de la independencia de Colombia, el Perú y Bolivia: bien estaba, pues, representado en actitud de libertar la patria, ó mas bien gran parte del territorio hoy dividido en cinco naciones independientes. El escultor quiso para esto valerse de un símbolo y talló una india. Hizo muy bien. Sucre en muchos combates y batallas, pero en especial en las de Pichincha y Ayacucho, venció al ejército español, y lo venció tan deveras, que estas dos acciones de guerra fueron decisivas para la independencia del Ecuador y el Perú. El artista buscó también un símbolo, y escogió el antiquísimo del León para enseñarnosle postrado á los piés del vencedor. Perfectamente. Por ventura en aquellas acciones de guerra ¿quedó sano, con sus fuerzas enteras, y erguido y arrogante aquel León? Si así

hubiese sido, claro se está, todavía fuéramos colonos de España. Sucre nos dió independencia y libertad: esto es evidente, esto está fuera de los alcances del pirronismo. Para representarnos este hecho grandioso, González Jimenes se valió de otro símbolo: las cadenas despedazadas. Magnífico, soberbio; el estatuario ha respetado fielmente la historia. Que las colonias estuvieran atadas á la metrópoli con pesadas y durísimas cadenas, es verdad histórica, digan lo que dijeren los que ahora quieren hacerlas aparecer como si hubiesen sido lazos de seda y flores. Que los españoles traten en todo tiempo de defender la causa que perdieron en América, se explica muy bien; pero no se comprende que haya americanos que por una parte se ufanen de la independencia y de las glorias de Bolívar, Sucre, Páez, &, y por otra tiendan á amenguar las razones que hubo para luchar por esa misma independencia, y á deslustrar esas glorias: éstas en verdad, no serían grandes si nuestros heroes hubiesen combatido por una causa injusta, por romper lazos de flores y evitar las caricias de una madre amorosa.

Lástima grande fué que aquel grupo no hubiese llegado á ser hecho en mármol, y que no se realizase el pensamiento de la Municipalidad. Entonces, corregidas ciertas faltas y depurado el gusto artístico, el Gran Mariscal de Ayacucho habría tenido un monumento digno de él y se habría hecho más ostensible la gratitud del pueblo ecuatoriano para con su heroico libertador. Entonces también la obra de González Jimenes habría sido quizás respetada, y el sentimiento patriótico é histórico de nuestra sociedad no habría sido lastimado, como acaba de serlo.

Aquel boceto en yeso fué colocado al centro de la galería superior del frontispicio del teatro, que lleva el nombre de **Sucre**. El Sor. Llorente Vázquez, Ministro Español, disgustado del grupo á causa de su significación, ha solicitado que se suprima el León, el cetro y las cadenas, y se le ha dado gusto. El Sor. Llorente ha obrado según los impulsos de su celo español; quien le ha complacido, sea el Gobierno, sea la Municipalidad, no se ha mostrado muy celoso de la honra nacional ni de la verdad histórica. Mutilada aquella obra, la figura de Sucre tiene bastante de vulgar y ridículo: es un militar muy bordado y lleno de condecoraciones en actitud de enamorar y acariciar á una india tímida y acobardada; al desaparecer los emblemas ha desaparecido completamente el pensamiento del artista: ya no hay historia. Sería bien que se destruyese del todo una escultura que ya no tiene ninguna significación grande y noble, sino todo lo contrario. Nada chico y mezquino, nada bajo y pueril conviene al Héroe de Pichincha, cuya gloria irradia eterna en las cumbres de esta montaña.

La mutilación de la estatua nada importa en sí: al fin esa o-

bra no es otra cosa que un poco de tierra, à la cual el arte dió forma bella; pero no sucede lo mismo si paramos mientes en su significado histórico y moral: para el juicio que formamos del acto de haber arrancado de los piés de Sucre los símbolos de nuestra historia, la materia desaparece y queda sólo la idea: sobre esta base obran el corazón y la inteligencia. En efecto, quien ha ordenado la mutilación de aquel grupo, no ha dicho: "Quitad esos trozos de yeso que están mal ahí", sino que ha gritado ante el pueblo ecuatoriano: "Esa es una mentira y un embuste: no hubo tal Pichincha, ni tal Ayacucho, ni tales otras victorias de Sucre en parte alguna; Sucre no contribuyó à darnos independencia: el León español, sano, robusto y con sus armas íntegras y flamantes, se retiró *motu proprio* de estas tierras dejándonos en libertad; à su generosidad y amor paternal debemos tamaño beneficio". Y si no ha dicho esto, si el mutilador conviene en que el artista se valió de un emblema poético para representarnos la historia, con el truncamiento que vengo censurando y condenando, ha hecho algo peor quizás que negar la verdad histórica: ha mostrado una como pesadumbre por nuestra independencia, una como ingratitud para con los héroes que nos la dieron, una como vergüenza de nuestras glorias. ¿Que no? Eso de suprimir León, cetro y cadenas rotas ¿no es otra cosa que el deseo de que no se conserven objetos ofensivos à la Madre Patria? Pero entonces, para ser lógicos con la manera con que se trata de apreciar la guerra de la independencia y sus resultados, y nuestros héroes y nuestros laureles ó para ser en todo consecuentes con nuestro amor y respeto à España, suprimamos el título de Libertador que se dió à Bolívar, borremos el canto de Olmedo, arranquemos las páginas de nuestra historia de 1809 à 1825. Ese título, ese canto, esas páginas, ¿no están diciendo al mundo tanto y mucho más que el grupo labrado por González Jimenes?

El Sor. Llorente Vázquez juntó su voz à la del pueblo quiteño para celebrar el aniversario septuagésimo sexto de nuestro primer movimiento revolucionario contra la Metrópoli; esto es, la aurora de nuestra independencia, cuyo sol brilló en su zenit el 24 de mayo de 1822, gracias al génio de Sucre. Ese acto del Sor. Ministro Español fué con justicia muy aplaudido, y yo me entusiasmé deveras y aplaudí como todos. Pero noto que hay algún tanto de irregularidad, perdóneme el sor. Llorente, en eso de aceptar como bueno un hecho consumado por más que haya sido en detrimento de su patria, y rechazar la representación de ese mismo hecho simbolizado por el arte. ¿Por qué no aceptar ésta, que no es otra cosa sino nuestra independencia, saludada cortés y noblemente por el sor. Ministro, reducida à imagen visible y tangible? ¿Pierde por ventura una cosa sus condiciones de verdad y apre-

ciabilidad por que se la lleva de los dominios de las ideas y la memoria á los de la materia y los sentidos?

El Sor. Llorente Vázquez desde hace mucho tiempo se había mostrado adverso al grupo cuya mutilación me ha obligado á escribir estas líneas, y en carta dirigida al Sor. don Roberto Espinosa con fecha 23 de abril del año que termina, escribía lo siguiente: “¿Qué significa, pregunto yo á los hombres inteligentes de este país, la estatua de Sucre en el teatro de Quito, pisando la cabeza del León Español?—¿Es de buen gusto este símbolo? ¿Revela tacto político? ¿Es esa representación una prueba de cultura? ¿Es una demostración delicada de fraternidad y de respeto hácia la Madre Patria? ¿Deja España de tener veinticinco millones de almas por eso?”

No sé si el Sor. Ministro me tenga por uno de *los hombres inteligentes de este país*; pero creo haber dejado manifiesto lo que *significa* la estatua del Gran Mariscal Sucre. En cuanto al buen gusto, me atrevo, como amante del arte, á sostener la afirmativa, con algunas salvedades, como he indicado, que el artista las habría tenido en cuenta al tallar su obra en mármol. Por lo que respecta al tacto político, ni la Municipalidad que decretó la erección del monumento, ni el escultor que lo ideó tuvieron nada que ver con la política de entonces ni menos con la de hoy, sino con la historia, con el honor nacional y con la gratitud para con el héroe. Y si he de decir algo en punto á la delicadeza, fraternidad y respeto hácia la Madre Patria, no estará por demás indicar que no podían ser esos afectos los que predominaban en los concejales de 1870, así como tampoco los contrarios, en razón de la generosidad característica en el corazón quiteño; por entonces no se había iniciado aún el movimiento de amistad y unión entre españoles y ecuatorianos, y, por otra parte, la estatua no tenía por objeto rendir homenaje á España, sino honrar la memoria de quien la combatió hasta arrancarle gran parte de sus dominios de aquende el océano. La última pregunta, que trae sin esfuerzo ninguno y á cualesquiera labios la contestación: “En verdad, España no deja de tener veinticinco millones de almas, porque se ha erigido una estatua á Sucre,” proboca al lector á hacer de seguida estotra interrogación: “Pero sino se hubiesen cumplido los hechos representados simbólicamente en la obra de González Jimenes, ¿no es cierto que la monarquía española habría tenido sesenta millones de almas, en vez de los veinticinco que tiene ahora?”

Ya que á esta coyuntura he venido, en fuerza de la inclinación que siempre me trae á la arena en que es preciso defender cualesquiera intereses nacionales, y, sobre todo, la verdad, la justicia y el honor, pido la venia del Sor. Llorente Vázquez para hacer á mi vez unas pocas preguntas; pero rogándole antes que no las tome como hijas del mal deseo de zaherirle, pues por el contrario aplau-

do su nobilísimo propósito de hacer que progresen, y se perfeccionen y afirmen la reconciliación y unión fraternal de los españoles europeos y americanos. Pregunto, pues: ¿hay tacto político, hay sagacidad diplomática en buscar una reconciliación, en procurar tejer lazos fraternales, despertando al mismo tiempo la impresionabilidad ó irritabilidad de los ánimos en la sociedad cuyas simpatías es menester conquistar? ¿Es prueba de cultura censurar agriamente que un pueblo tenga un monumento de sus glorias, de su independencia y libertad, y solicitar su mutilación ó destrucción? ¿Es respetuoso y delicado calificar de baladronadas las manifestaciones del sentimiento nacional, sean cuales fuesen? ¿Es delicado eso de decir que los extranjeros que nos ayudaron en las luchas de la independencia fueron mercenarios que vendían su sangre por un puñado de plata ó la promesa del saqueo? ¿No hubo entre esos extranjeros muchísimas personas ilustradas y honorables, á quienes la patria cubrió el pecho de gloriosas condecoraciones, y que arraigadas en nuestro suelo han sido troncos de familias distinguidas? ¿Es, en fin, el lenguaje percuciente, son las exigencias vulneradoras de la hora nacional, los que han de encauzar y llevar á feliz término la reconciliación de españoles y americanos? Deseo yo también que los hombres inteligentes de este país, de América, de la misma España, contesten á estas preguntas.

El Sor. don Roberto Espinosa, amigo á quien no sólo aprecio, sino á quien tengo fraternal cariño, decía en contestación al Sor. Llorente Vázquez: “Estoy con U. del todo en eso de creer que es de mal gusto la representación del modelo forjado para erigir en esta ciudad una estatua al Gran Mariscal Sucre. Ante todo, debo advertir á U. que aquel modelo no tiene representación ninguna oficial ni nacional.” Que me perdone mi excelente amigo si yo no estoy en un todo con esta manera de juzgar y apreciar la estatua de Sucre: ya lo dejo demostrado; pero debo añadir que si no fué oficialmente aprobada la obra, porque ni en el Gobierno ni en la Municipalidad llegó á tratarse exprofesamente de ello, no cabe duda que la estatua, siquiera en boceto, tenía *representación nacional*, por que era nacional la idea que el artista tuvo presente para ejecutarla, porque era nacional la historia que simbolizaba, porque á no dularlo fué nacional el aplauso con que la acogió el público cuando fué exhibida. No hemos de atender para calificar de nacional una obra, á la aprobación que le de el Ejecutivo ó el Concejo cantonal, sino á lo que ella significa, á la idea que demuestra, á aquella relación que puede decirse establecida entre el pensamiento del artista y el pensamiento del pueblo para quien el artista ha labrado la materia y dádole vida. El grupo de Sucre con su india libertada, con el León y escudo á los pies, con el cetro y cadenas rotas, era, pues, esen-

cialmente nacional; y la mutilación que acaba de verificarse es un acto antipatriótico, humillante, vergonzoso.

En una cosa sí estoy del todo con el Sor. Ministro Español, y con el Sor. Espinosa y con muchísimos americanos de luces é influjo: en el ardiente deseo de que la amistad y unión de todos los españoles del Nuevo Mundo con los del Viejo, lleguen á ser, lo más pronto posible, un hecho positivo y fecundo en los buenos resultados que todos esperamos. El pensamiento es profundamente político no sólo bajo el aspecto de las conveniencias materiales y transitorias para España y las Repúblicas hispaño-americanas, sino bajo un aspecto moral y de trascendencia más lata, duradera y noble para la civilización y engrandecimiento de nuestras naciones, apenas salidas de la cuna de la colonia, y de la Nación Madre, envejecida en toda clase de contiendas, aleccionada en los vaivenes de la política europea, flagelada por terribles desgracias, agobiada por el peso de todas las glorias con que puede ufanarse un gran pueblo. Ese pensamiento es grandioso, es el pensamiento regenerador de toda una raza, á la cual pertenece la mitad de las páginas de la historia del mundo, y de la cual será gran parte del porvenir. Pero la unión y fraternidad de que trato deben hacerse con tino, con sagacidad, con nobleza, empleando en tan delicada labor un lenguaje culto y comedido, maneras caballerosas é insinuantes, pasos rectos y firmes; en manera alguna con elementos contraproducentes: nada de mutilaciones de la historia, que debe ser venerada religiosamente, porque si en ella están los errores y desgracias de los pueblos, también es arca de oro en que se guardan sus triunfos y glorias, tesoro que les es carísimo; nada de palinodias vergonzosas ni de ocultaciones cobardes; nada de humillaciones ni de exigencias que puedan engendrarlas; nada de golpes al amor propio nacional, tan fácil de ser llagado como el de los individuos, y en todo caso difícil de curar; nada de quisquillas, nada de puerilidades, nada falso, nada mentiroso, nada, en fin, que sea indigno de la alteza, poder y fecundidad de aquel pensamiento.

Yo que mil veces me he visto en la necesidad de tratar de las cosas de América relacionadas con España, ó más bien de las cosas de la familia española, derramada desde su fuente, que es la Península, por América, por Asia y Africa, á veces he mojado mi pluma en acíbar, mas no para desahogar injustas y ruines pasiones, no, jamás, sino para condenar la sinrazón, lo bárbaro, lo cruel, todo aquello que me ha enseñado la historia tinturado de colores odiosos, rodeado de sombras de errores y maldades. El amor á la justicia ha sido instintivo é innato en mí; el indignarme y trazar renglones de fuego cuando la veo ultrajada, es achaque, si por ventura lo es, del que no puedo sacudirme. Pero mi *españolismo* ha ido siempre á la par con mi *americanismo*; ambos

son afectos hondamente arraigados en mi alma. La sangre, la religión, la lengua, el amor al heroísmo y la gloria, todo me impele irresistiblemente hácia España. Soy católico como un español de pura sangre; el estudio del castellano ha sido mi estudio predilecto; mi librería se compone en gran parte de libros españoles; en mis deseos de viajar, los ojos de mi alma se han ido de preferencia por España; la historia de España es acaso la que más y con mejor provecho he leído; sus grandes hombres y sus grandes hechos me encantan; sus glorias me enorgullecen; sus infortunios no me hallan indiferente: mi lira les ha consagrado notas de dolor. Véase, pues, si no soy muy español, y véase, por lo mismo, si cuanto he dicho en este escrito como en otros, no estará exento de parcialidad y de injusticia.

Pudiera dilatarme fácilmente en otras consideraciones sobre los puntos que á sobrepeine he tratado; mas, por ahora, conviene poner punto final á este artículo. Si fuere necesario, después dejaré correr la pluma con más detención sobre los mismos y sobre otros puntos importantes,

Juan León Mera.

Atocha, diciembre 28 de 1886